

amantísima Madre, se halla presente, y ve los meneos, y oye las burlas que se hacen á su Hijo; y á todo calla con humildad, aunque de rechazo hiera su honor alguna palabra de los enemigos de Jesús. ¡Qué ejemplos tan dignos de nuestra imitación! ¿Cómo nos portamos en las injurias que recibimos? ¿Hemos seguido la conducta de estos atrevidos injuriadores de Cristo? ¿No sentimos compasión de lo que padecen este Señor y su Santísima Madre? Esforcémonos, á lo menos nosotros, en reparar de algún modo tan enormes injurias; para esto propongamos llorar más nuestras culpas, hacer penitencia y practicar aquello que desea Jesús á quien hemos de suplicar nos auxilie y remedie todos nuestros males.

59.—PRIMERA PALABRA QUE DIJO CRISTO EN LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º La primera palabra que Jesús dijo en la cruz, fué para pedir á su Padre perdón por sus enemigos.

PRELUDIO 2.º Representate estar junto á la cruz, oyendo esta palabra: «Padre, perdónalos».

PRELUDIO 3.º Pide al Señor crucificado perdón de tus propias culpas, y para todos los pecadores.

Punto 1.º *La primera palabra de Jesús: «Padre, perdónalos», toda es amor.*—Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios de sus enemigos, y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca para pronunciar la primera palabra, diciendo ¹: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen». Considera cómo la primera lección que este Señor lee desde su cátedra de la cruz, toda es amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del modo que podía, mostrando en esto su infinita caridad. Para comprender mejor el incendio vehemente que le abrasaba, pondera cómo el Señor estaba lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, estaba rodeado de sus enemigos que le habían puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios y meneando sus cabezas por escarnio. A este tiempo levanta Jesús sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abra, como pidió Elías ², ni para echarles su maldición, como Noé ³ y Eliseo ⁴ cuando maldijeron á los que los escarnecían, sino para rogar á su Eterno Padre que les perdonase el pecado que hacían en crucificarle y escarnecerle, doliéndose más del daño que les venía

¹ Luc., xxiii, 34. — ² IV Reg., i, 10. — ³ Gen., ix, 25. — ⁴ IV Reg., ii, 24.

por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibía, cumpliendo por la obra lo que había dicho ¹: «Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen»; y lo que de Él estaba profetizado, que rogaría por los transgresores ²; esto es, por aquellos que quebrantaron contra Él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se había visto en el mundo. ¡Oh amantísimo Jesús! ¡Cuán bien habéis mostrado que sois Dios de amor, y la misma caridad! Pues ni las aguas de las tribulaciones, ni los rios de tantas persecuciones han podido apagar vuestro fuego ³; antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. ¡Oh quién tuviera tal caridad con los enemigos! ¿Cómo nos portamos nosotros en orden á esta virtud? ¿Perdonamos de corazón á nuestros enemigos? ¿Rogamos por ellos y estamos dispuestos para hacerles todo el bien posible?

Punto 2.º *Palabras que usó Jesús en esta súplica.*—Considera aquí cada palabra de esta fervorosa oración. La primera es *Padre*, al cual endereza su oración; porque, aunque á Él mismo, en cuanto Dios, pertenecía perdonarles, quiso más, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender que Él de su parte los perdonaba, y cumplía con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo ⁴, y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, «Dios, perdónalos», sino «Padre», para que se entendiese que no había perdido la confianza que en Él tenía, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese; pues, como Padre, hace nacer el sol para justos y pecadores, y envía su lluvia á los buenos y malos. La segunda palabra es, *perdónalos*. No dice, «perdónales esta injuria que me hacen», sino absolutamente «perdónalos», porque deseaba que fuesen perdonados de todos sus pecados, y no reparaba tanto en la injuria propia cuanto en la ofensa de su Padre. Tampoco dice «perdona á estos que me crucifican», sino «perdónalos»; porque no quiere poner en su oración ninguna palabra que les acuse, ó irrite la ira del Padre; y además pedía no sólo para los que le crucificaban corporalmente, sino para todos aquellos que le crucificarían espiritualmente. La otra palabra es, *porque no saben lo que hacen*, en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos; porque, aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy grosera y afectada y muy culpable; pero, la caridad de este piadosísimo Redentor, de cualquiera cosa que pudo echar mano, quiso con ella encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta misma excusa

¹ Matth., v, 44. — ² Isai., liii, 12. — ³ Cant., viii, 7. — ⁴ Hebr., ix, 7.

puede darse de todos los pecadores que crucifican á Cristo, pudiéndose decir de todos lo que dice san Pablo¹: «Que nunca crucificaran al Señor de la gloria si perfectamente le conocieran.» ¡Oh Salvador dulcísimo! ¡Cuán bien habéis subido hoy al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando en este monte Calvario mirra de mortificación muy amarga é incienso de oración muy encendida. Confortad, Señor, mi corazón con esta mirra para que la abrace, y con este incienso para que os le ofrezca, buscando siempre vuestra gloria y siguiendo vuestros ejemplos. ¿Qué dice á esto nuestro corazón? ¿Imitamos á Jesús? ¿Confiamos en nuestro Padre? ¿Perdonamos á nuestros enemigos? ¿Procuramos excusarlos en lo posible?

Punto 3.º *Efectos de esta oración de Cristo.*—Considera aquí los efectos de esta oración de Cristo nuestro Señor, la cual fué sin duda oída por su Padre; porque si la oración de los humildes y mansos siempre le agrada², ¿cuánto más le agradaría la oración de este humildísimo, mansísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo³, cuando oró en la cruz con lágrimas, fué oído por su reverencia; esto es, por el respeto que se debía á la infinita majestad de su persona, y por la reverencia con que se humilló y honró á su Padre; y así por esta oración alcanzaron perdón muchos de los judíos que estaban allí, á los cuales convirtió san Pedro el día de Pentecostés, no tanto por su predicación, cuanto por la virtud de oración de Cristo, por la cual también se da el perdón á todos los pecadores que le piden y reciben. Pondera luego el efecto que obró esta oración en la Virgen Santísima y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban. ¡Cuán admiradas quedarían de ver tanta caridad y mansedumbre en el Señor, y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor! Especialmente la Virgen Santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaría luego la misma caridad y amor de sus enemigos; y repitiendo la oración que había oído, diría: «Padre, perdona á estos, porque no saben lo que hacen.» ¡Oh cuán agradable fué al Padre Eterno la oración de esta Virgen humilde y mansa, más que todas las puras criaturas! ¡Cuán bien recibida fué en el cielo, y, juntándola con la del Hijo, ayudaría á recabar el perdón que deseaba! ¡Oh Abogada de los pecadores! Abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice. Acompañad con las vuestras las súplicas que á mi Padre celestial dirijo, para que por las vuestras hallen las mías favorable acogida en el acatamiento divino. Y tú, ¿conoces la necesidad y utilidad del patrocinio de María? ¿Has perdido la confianza de alcanzar perdón de tus pecados? ¿Imitas la caridad de Jesús y María, rogando por los pecadores

¹ 1 Cor., II, 8. — ² Judith, IX, 16. — ³ Hebr., V, 7.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vivo, intenso é incomparable es el amor de Jesús! Este divino Señor ha permanecido largo tiempo en la cruz, silencioso, oyendo con aparente insensibilidad las enormes injurias que le dirigen. Por fin abre los labios para hablar. ¿Qué dirá? «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.» ¡Oh palabra breve pero poderosa, eficaz, significativa y argumento de la más encendida caridad! El estado en que se halla Jesús es el más desconsolador, y, queriendo hablar por sus enemigos, no pide fuego del cielo, ni los maldice, sino con humildad pide para ellos el perdón. Padre, dice, ¡qué caridad y confianza!, perdónalos, no sólo estas, sino todas las faltas y pecados; no sólo á estos que me atormentan, sino á todos los pecadores que en adelante me crucifiquen. ¡Qué generosidad! No saben lo que hacen; porque aunque sea su ignorancia culpable, no conocen perfectamente ni mi grandeza, ni mi amor, ni mi majestad, ni mi justicia; y por este motivo me ofenden. ¡Oh bondad de Jesús! ¡Cómo sabe este Señor excusar los pecados de los que le injurian! ¿Te atreverás tú á ofender de nuevo á tanta bondad? ¿No te moverás á pedir por la conversión de los pobres pecadores? ¿No imitarás los sentimientos de la Virgen al oír estas palabras de Jesús? ¿No excusarás con caridad á los que te ofendieren? ¡Ah! ¡Cuán lejos has estado de obrar según estas enseñanzas tan soberanas! Humíllate ante el divino Jesús; pídele que ore también por ti; propón aprovecharte de su oración, llorando tus culpas, á fin de obtener el perdón de ellas; pide la fortaleza que necesitas para esto, y ruega por todo el mundo.

60.—LADRONES CRUCIFICADOS CON CRISTO.

PRELUDIO 1.º De los dos ladrones crucificados con Jesús, el uno le blasfemaba como los judíos, pero el otro confesó y publicó su santidad.

PRELUDIO 2.º Representate el Calvario y á estos dos ladrones al lado de Jesús, blasfemando el uno y orando el otro.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la paciencia y celo del buen ladrón.

Punto 1.º *Dos ladrones son crucificados con Cristo.*—Crucificaron con Jesús dos ladrones, poniendo uno á su mano derecha, y otro á su izquierda, y Él en medio¹. Acerca de este hecho has de considerar la humildad rara de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado en medio de dos ladrones con tanta ignominia; y es de creer que escogerían los más insignes que había en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de Él profetizado, que fué contado con los malhechores facinerosos². Y para ponderar más esta humil-

¹ Luc., XXIII, 33; Joan., XIX, 18. — ² Isai., LIII, 12.

dad, has de levantar los ojos á mirar su infinita dignidad, considerando cómo Él es el Verbo eterno, que está como en medio de las divinas Personas; y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular en que se juntan los pueblos hebreo y gentil, y en el día del juicio estará sentado en el trono de su Majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el mismo que está en este monte Calvario, y en este trono de la cruz, en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuese ladrón; pero no se le pega nada de su compañía, ni malicia, ni infamia; antes está allí representando al vivo el juicio que algún día habrá de hacer entre justos y pecadores. En todo lo cual nos da un ejemplo maravilloso con que nos consolemos cuando nos viéremos puestos en lugar bajo y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que, si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia. ¡Oh Rey de la gloria! ¡Cuán bien habéis mostrado que vinisteis al mundo para darnos ejemplo de humildad! En la entrada fuisteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida sois puesto en una cruz en medio de ladrones, para que el fin correspondiese al principio, y la humillación fuese creciendo por sus grados hasta el supremo á que podía llegar ¡Oh, si yo supiera imitaros en ese amor á las humillaciones! Pero, ¿cómo las recibo? ¿Siento que se me menosprecie y ser tenido por pecador ó ignorante? ¿Huyo de las humillaciones?

Punto 2.º *El mal ladrón blasfemaba de Jesús.*—Considera cómo uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesús, mofaba de Él, diciéndole: «Si Tú eres Cristo, sálvate á Ti mismo y á nosotros». Este ladrón, que se cree era el del lado izquierdo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de Cristo nuestro Señor como los fariseos, zahiriéndole del pecado porque decían estaba crucificado, que era haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fué de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus latrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir en escarnerle. Por donde se ve cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos y agravar los ajenos, murmurando de ellos y condenando á los que los cometieron, teniéndose á sí por inocentes en su comparación, como sucedió á este mal ladrón, el cual con este pecado hinchó la medida de su condenación, y dió ocasión al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador que cabe sí tenía. Pondera aquí cómo este mal ladrón, que está crucificado, y en medio de sus tormentos blasfema de Jesucristo, representa á aquellos hombres que son castigados de Dios por sus culpas, y llevan con impaciencia el castigo, ó blasfemando de Dios que les casti-

ga, ó maldiciendo su suerte, ó desesperándose por falta de fe en la divina Providencia; los cuales serán condenados como este mal ladrón, bajando de la cruz á los infiernos. ¡Oh Salvador amantísimo! Libradme de tan extremada miseria como esta, que, habiendo pecado, rehuse conocer mi culpa y hacer penitencia de ella, revolviéndome contra Vos, que, como Padre, me castigáis para mi enmienda y corrección. Quiero más bien deciros con el profeta¹: «Llevaré la ira ó castigo de mi Dios, porque pequé contra Él», para que recibiendo Él con benignidad mi penitencia, me conceda el perdón. ¿Hemos nosotros obrado de este modo? En nuestras tribulaciones. ¿hemos bendecido al Señor que las permite? ¿Nos compadecemos de la extremada afrenta de Jesús?

Punto 3.º *El buen ladrón reprende á su compañero.*—

Oyendo el otro ladrón las blasfemias de su compañero, le respondió: «¿Ni tú temes á Dios, estando en la misma condenación de muerte que está Éste? Y nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero Éste ninguna cosa mala ha hecho». Considera cómo este ladrón, que estaba á la mano derecha representando á los elegidos, tocado con la inspiración del Espíritu Santo, y ayudado de la gracia del Señor que tenía cabe sí, volvió por Él, trazándolo así la divina Providencia, para que, pues Cristo nuestro Señor sufría la injuria callando, no faltase quien respondiese por Él; y en la respuesta ejerció algunos actos de virtud, especialmente de caridad y humildad. El primero fué corregir al público blasfemo con palabras graves y concluyentes, diciéndole: «¿Ni tú temes á Dios, estando á punto de muerte como Éste?» Como quien dice: Que no teman á Dios los que están sanos y sin peligro de muerte, se comprende; pero que tú no le temas, estando á peligro de morir, no es tolerable. El segundo fué confesar públicamente su culpa, y que justamente merecía la pena que padecía en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero. El tercero fué confesar la inocencia del Señor, diciendo: «Éste ningún mal ha hecho». De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo que los príncipes de los sacerdotes y escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacían mal en blasfemar de Él, porque de verdad ningún mal ni pecado había hecho. ¡Oh varón admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo lo condenaba! Huyen los Apóstoles, encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y sólo este ladrón, en lo alto de la cruz, predica á voces que Jesús es inocente. ¡Oh, quién supiese imitar el valor é intrepidez de este ladrón, para hacerse digno del premio que

¹ Mich., vii, 9. — ² Luc., xxiii, 39.

recibió! ¿Confesamos nosotros la inocencia de Cristo y nuestra culpa? ¿Tenemos celo para defender su honor menospreciado? ¿Qué hacemos al oír que su santo nombre es blasfemado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh malicia judaica, á qué extremo has llegado! Para que el Señor sea de todos modos tenido por un criminal y malvado, disponen crucificarle con dos ladrones, los más insignes y facinerosos, colocándole al medio entre los dos, como si les superara en maldad. Jesucristo, que en el cielo está en medio de la Trinidad beatísima, y en el Tábor estaba glorioso y resplandeciente en medio de Moisés y Elías, que le aparecieron para honrarle, en el monte Calvario está crucificado entre dos ladrones infames. ¡Qué humillación! ¿Quién se atreverá á rechazar el postrer lugar, contemplando á Jesús en tal abatimiento? Mas no para aquí la humillación del Señor. Uno de los ladrones, hallándose en el tormento, imitando á los malvados judíos, se atreve á insultarle, y estando para morir, osa injuriar al Juez que dentro de poco le ha de juzgar. Con todo, á tales afrontas Jesús no contesta palabra, y habría quedado sin defensa si el otro ladrón no hubiese vuelto por su honor, reprendiendo á su desvergonzado y loco compañero, confesando sus propias culpas, por las cuales eran justamente castigados, y la inocencia de Jesús, que con tan admirable paciencia sufría los más horribles suplicios. Así provee Dios que el inocente tenga quien le defienda, y que á la humillación siga la exaltación. ¿No confiaremos en el Señor que tal providencia tiene de los que padecen y esperan en Él? ¿Hemos seguido alguna vez los pasos del mal ladrón, injuriando al Señor por motivo de los trabajos que nos envía ó permite? ¿No nos confunde el celo del buen ladrón en defender á Cristo, comparándolo con nuestra propia tibieza? ¡Ah! ¡Un ladrón defiende á Jesús, y nosotros, discípulos suyos, callamos, viéndole ofendido! Resolvámonos á mudar de conducta, y, para lograrlo, oremos con fervor y viva confianza.

61.—ORACIÓN DEL BUEN LADRÓN, Y SEGUNDA PALABRA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º El buen ladrón oró, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando estuyeres en tu reino». Y Jesús le contestó: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si lo vieses y oyeres lo que dicen.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar con la eficacia que este ladrón.

Punto 1.º Oración del buen ladrón.—El buen ladrón, después que hubo ejercitado la humildad y caridad, confesando su pecado y defendiendo á Jesucristo, tomó luego ánimo y confianza, y vuelto al Señor, le dijo: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino». Llámale primeramente Señor, con gran re-

verencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Luego le confiesa por Rey y que tiene verdadero reino, al modo que Él mismo había dicho, no en este mundo, sino en el otro; y que por la cruz y muerte iba á tomar posesión de este reino eterno y celestial. Por fin, le pide que se acuerde de él cuando entrare en su reino, como si dijera: No te pido me salves aquí, librándome de la muerte, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz. Tampoco te pido que me lleves á tu reino y me des en él un trono; porque un ladrón como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande; sólo te pido que te acuerdes de mí, porque si esto haces, me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres en tu gloria. ¡Qué oración tan ferviente y qué conversión tan perfecta es la de este ladrón afortunado! Pondera luego las causas de donde procedió esta conversión, presupuesta la gracia de Dios. Los medios de que se valió el Señor para convertirle no fueron milagros, porque quizá no vió ninguno; tampoco sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído. Lo que le movió fué la heroica paciencia y mansedumbre del Señor en medio de tantas injurias, y la rara caridad que demostró orando por sus enemigos. Estas virtudes, junto con la ilustración del cielo, le convencieron de que aquel Señor era santísimo; y pues Él decía que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, así sería sin duda. ¡Cuánto importa para convertir á los pecadores, ser paciente, manso, caritativo y ejemplar! Estas virtudes tienen mayor eficacia para esto que todos los milagros. ¡Oh dulce Jesús! Vos que, puesto en la cátedra de la cruz, con vuestra milagrosa paciencia y maravilloso ejemplo de caridad convertisteis al buen ladrón, ayudadme, para que, á imitación vuestra, haga yo semejantes milagros, dando otros tales ejemplos, con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos y encienda en mayor deseo de perfección á los buenos. ¿Aprendemos estas santas lecciones del buen Jesús? ¿Procuramos dar buenos ejemplos de virtud? ¿Imitamos en la oración la humildad, confianza y demás cualidades de la del ladrón convertido?

Punto 2.º Promesa de Jesucristo.—Á la súplica del buen ladrón contestó Jesús, diciendo: «De verdad te digo que hoy estarás conmigo en mi reino». Acerca de esta espléndida promesa y segunda palabra de Jesús crucificado, has de considerar primeramente la eficacia de la oración en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos en número plural que los ladrones escarnecían de Él; y siendo esto así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como después se mostró en trocar á Saulo por la oración de san Esteban. Pondera cómo resplandece también aquí la efi-